



Relatos

366

349

LA LEYENDA DE ROLDÁN

-¡Ya se fueron las horas de suspirar paces que no llegarán!! -arengó el francés con brío- ¡debemos luchar por lo que es nuestro y devolver estas tierras a sus legítimos propietarios!

El noble guerrero desenfundó su espada y animó su montura hacia las huestes moras que defendían la ciudad.

En inferioridad numérica las tropas francesas, bien dirigidas y entrenadas por un bravo galo, tocaron en retirada ante 400.000 sarracenos ávidos de muerte, destrucción y gloria.

* * * *

Los pensamientos de Roland, el apuesto luchador francés, reproducían una y otra vez la misma escena de la batalla algo más tarde, una figura delgada y esbelta, muy alta, cubierta con una capa negra con capucha que parecía mirarle fijamente como queriendo darle un siniestro mensaje.

El terrateniente francés apenas tuvo tiempo de darse cuenta del peligro, lo notó flotar en el ambiente mientras desenfundaba a Durandarte, su espada, para protegerse del ataque de un grupo de musulmanes.

Sus hombres descansaban y ni siquiera tuvieron tiempo para repeler los espadaños mahometanos.

Roland se zafó de tres de los atacantes y huyó de aquel lugar.

* * * *

Una voz provenzal hizo parar la carrera del francés.

-Perdiste la batalla en Saragoza, aún en desventaja, Roland, pero tu destino anda ya severo después que aquel brujo te maldijera y echaste a correr ya entonces.

La figura encapuchada se acercó lentamente al caballero mientras éste respiraba sin aliento.

-¿Quién eres? Tus palabras suenan como la música del arpa de un juglar, pero pareces un heraldo de la destrucción

-Soy la muerte-se reveló la figura de negra capucha como una bella muchacha de ojos azules y pelo rubio.

-Pues la muerte no es mi destino, tan solo una puerta bajo cuyo umbral me niego a buscar cobijo.

El sobrino de Carlomagno arengó a caballo y galopó como si la muerte le pisara los talones.

* * * *

Varios días más tarde el caballero contempló el primer paisaje digno de ser admirado después de la cruenta batalla. Tres inmensos mallos, dos de ellos separados por la cuenca del río que venía siguiendo se elevaban como la inmensa entrada a un precioso lugar.

-Dignos peñascos, como para que alguien les dedique una canción.

Vino en la mañana
con la brisa tras su figura
la maldición portaba
tras su figura engalanada
de fino y largo linaje
su final aguardaba

Una voz femenina y conocida para el guerrero comenzó a cantar una triste y solemne pero pegadiza y entonada canción con mimo, cariño y de manera muy dulce.

-La chansón de Roland, alguien la cantará porque alguien la trasmitirá, príncipe apuesto y encantador- canturreó la muerte dulcemente.

El francés apremió su montura y galopó monte arriba.

* * * *

Momentos más tarde el guerrero se hidrataba a orillas del río Flumen cuyo cauce serpenteaba entre los inmensos mallos.

Una inmensa lluvia de flechas procedentes de una gabarra musulmana hicieron que el caballero huyese a caballo siguiendo dirección a los mallos.

* * * *

Medio día después Roldan trepaba el risco entonces llamado Sen.

El día, hasta entonces, se mantenía en calma, sin embargo una niebla densa, acompañada de bruma impía alteraron a la inmensidad de águilas, buitres y golondrinas que sobrevolaban los mallos aprovechando las bolsas de aire.

Las aves no tardaron en atacar al caballero quien repelía las garras y los picos como podía.

* * * *

Ya en lo alto de la peña el grupo de cinco musulmanes que empleaban lo alto para vigilar ataques cristianos acorralaron al héroe, quien, exhausto, desenfundó su espada.

El acero sonó en el aire y con determinación excepcional el francés abatió a los moros.

Roland se dirigió, sediento, al aljibe sobre la peña, repleto de agua.

Sin embargo, algún umbrío encantamiento había transformado todos los peces del agua de lluvia en agresivas pirañas que se lanzaron contra el noble.

Los musulmanes estaban a punto de llegar a la cima del mallo vigía, habían visto al recién llegado desde el río y se acercaban rápidamente.

Fue entonces cuando Bóbar, su caballo, apareció en lo alto después de recorrer el sendero sin jinete.

El caballo elevó sus patas delanteras y cayó sobre dos de los moros que le cerraban el paso, para luego llegar donde el francés le esperaba.

Roland montó sobre él y cuando se disponía a animar a su montura una voz acaramelada centró su atención.

-Ya no puedes huir a ningún sitio, mi amado Roland, ahora solo te queda ya una opción, aquí en lo alto... ¡ven a mí, conmigo, y abrázame fuerte sin demora!

-No creas que has de vengarte en mi persona ni pienses que he de pedirte perdón, valor hay en mí para morir cien veces, aunque no me tendrás en estos momentos para llevarme a tu alcoba

El caballero, apretando las riendas del caballo galopó hasta la punta de Sen y saltó con todas sus fuerzas hacia los cielos.

El caballo, una vez cayó sobre el mallo intermedio del monje, desapareció en medio del salto después de haber dado impulso al francés, quien de forma valiente y en titánica acrobacia llegó a lo alto de Men, el tercero de los grandes mallos, y continuó huyendo durante días hasta llegar a su Francia natal.

Durante su travesía, el héroe encontró una increíble montaña natural como un muro que le impedía el paso, y parecía querer frenarle, más empuñando a Durandarte asestó tal tajo a la montaña que la parte central quedó destruida siendo conocido tal lugar desde entonces como la Brecha de Roldán.

Se escribió una canción sobre el héroe francés más adelante, la chanson de Roland, aunque hoy día pocos recuerdan a los valientes que osan desafiar al destino.